

jamás de la familia de un señorito terrateniente del Valle del Cauca, descendiente de europeos. Eso es aplicar modelos que podían ser válidos en Lublin o en Leipzig, pero no en Cali. Claro está que la cosa no habría sido tan evidente. En lugar de establecer abiertamente la conexión, Isaacs habría practicado su propio tipo de "histeria" literaria, hallando un sustituto para el antagonismo racial que se niega a poner por escrito. En otras palabras, *María* emplea una especie de mecanismo de defensa narrativo que hemos visto arriba y que Freud identificó como "desplazamiento": una función sustitutiva de la memoria en los neuróticos obsesivos.

Claro. Ya se estaba demorando en aparecer el charlatán vienés en apoyo de cualquier tontería. ¡Socorro! ¡Yo ya tengo suficiente! ¿Seguimos? ¡Si aquí hay algún neurótico obsesivo, es la autora!

Pero acaso todo esto sea culpa de una mala lectura. Resulta que la fuente primordial de Doris Sommer para escribir lo que está escribiendo es Alfonso López Michelsen, un experto en hilvanar delirios como ése de la estirpe calvinista de nuestras instituciones, a quien se le ocurrió igualmente publicar alguna vez un opúsculo sobre la influencia semítica de *María*, que por azares del destino vino a caer en malas manos. La diferencia es que los desvaríos de López son inteligentes, a fuer de sugerentes.

Después de este análisis tan pobre, un desprevenido lector colombiano puede decir, bueno, si lo de *María* es falso, lo de las novelas de otros países puede ser verdadero. Pues no. Todo es, si no completamente falso, pobre. Y además, la autora está dedicada a pontificar no solamente sobre Latinoamérica sino sobre cualquier parte del mundo.

Veamos otro ejemplo: "Sab, tanto como Avellaneda, escribe desde la desesperanza. Pero mucho antes de estampar su firma, sospechamos que Sab escribe, dirige y manipula todo cuanto leemos". No se sorprenderá el lector si le digo que Sab es un personaje del libro y Avellaneda

la autora (la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda). Pues bien, la autora supone un impacto de la novela *Sab* en todo el continente, impacto que en Colombia no solamente jamás existió sino que hoy casi nadie sabe de su existencia.

Podrá ser muy importante todo lo que dice la autora pero no encuentro a lo largo del libro una sola frase que me abra el apetito para leer alguno de los libros mencionados en él. Por el contrario, es una invitación a obviarlos, pero como ya he leído alguno de ellos, sospecho que la lectura de otros puede ser igualmente grata.



A alguien le puede parecer muy edificante que por fin se esté leyendo a los autores latinoamericanos del siglo XIX, precursores ignorados del *boom* si se quiere, en Harvard. Yo pienso que no es ningún mérito, sino un síntoma de la pobreza cultural norteamericana, que en Harvard apenas estén descubriendo a América Latina. Bueno, al menos ya van por el siglo XIX. En cualquier caso, desconfiemos. Yo, buen colonizado cultural al fin y al cabo, les doy el beneficio de la duda. Se ha visto muy a menudo en el terreno político y, sobre todo, en el delincencial, que junto a fallas de una enormidad que ellos mismos desconocen, los Estados Unidos están a veces mucho mejor informados que nosotros acerca de muchos tópicos y el tiempo luego viene a darles la razón. Y que por cada

tema extraño considerado digno de estudio, siempre hay uno o dos expertos gringos que son los mejores del mundo. No obstante, que me aspen si quieren, pero ni callo ni otorgo cuando lo que es muy malo, además, se vuelve famoso y pretende pasar como algo de la mejor calidad.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

De la A a la Z

El mundo según

Gabriel García Márquez

Piedad Bonnett (selección y prólogo)

Icono, Bogotá, 2005, 175 págs.

Ponerse en contacto con el universo personal de un autor, con su mundo de representaciones, con su mirada, constituye uno de los intereses más comunes del lector contemporáneo. Y no hablamos solamente de aquel especializado y erudito para quien el conocimiento de los meandros más soterrados del pensamiento del escritor se le constituye en un motivo obsesivo y vital, nos referimos, junto a éste ya mencionado, a quien lee de manera coloquial y relajada. También para él, que encuentra en la lectura un ejercicio apasionado de la imaginación y la intimidad a través del cual se consolida y afirma en el transcurso de una vida no siempre afortunada, cobra sentido saber cómo piensa y considera la realidad aquel que tan sensiblemente le afecta con su fantasía. De qué manera concibe el mundo, cómo puede vivir aquí y ahora, compartiendo esta banalidad, este hacerse en el día a día, habitando un país, transeúnte, contemporáneo y carnal. Poner a nuestro alcance este territorio específico, ocupado y gestado por uno de los escritores claves de nuestra tradición literaria, ha sido el objetivo perseguido por Piedad Bonnett en el libro *El mundo según Gabriel García Márquez*, respaldado por el sello Icono Editorial.

Un autor emblemático, y Gabriel García Márquez lo es de manera proverbial, carga sobre sus hombros la responsabilidad y el poder de sintetizar en su obra el complejo de símbolos que constituye el mundo que le correspondió en suerte habitar. La sociedad entera, con sus aciertos y contradicciones, plena de conflictividad y posibilidades, encuentra un lugar privilegiado engarzada en los intersticios que la ficción va construyendo. Ahora bien, como tras de cualquier encadenamiento de imágenes, se halla la persona particular que se ha ocupado de encadenarlas, el hombre concreto que urde, imagina y teje, se halla de cuerpo entero allí, en medio de aquella madeja de significaciones. Se trata entonces de apartar cuidadosamente los vericuetos que tan mágicamente ha delineado, y de sorprenderlo. Allí, mundo y lirondo, por fuera del alcance protector de su propia construcción. Responsable de la totalidad de sus significados.

De hecho, y la circunstancia de que la presente propuesta editorial opte por un formato de diccionario lo reafirma, el sujeto humano que subyace a la complejidad de sus elaboraciones, es básicamente un manipulador de significados. No nos es posible considerar un ser humano sin situarnos en el universo del sentido. Cada experiencia posible de cada sujeto particular está señalada desde una específica complejidad de valoraciones y posturas que llamamos cultura, lenguaje, historia. Quien se coloque al margen de tal condición, bien puede considerarse por fuera de lo humano. O en las regiones imaginadas de lo angélico, o en las tenebrosas de lo demencial. No obstante, existen individuos particulares, a veces lindando en los extremos vertiginosos antes aludidos, que han centrado la totalidad de su existencia en la enfática modelación de esta condición ambigua, y sin embargo precisísima, de la significación. Usan, por supuesto, las mismas locuciones de sus congéneres. Comparten con ellos las convenciones que les permiten comunicarse, formar parte de la misma

colectividad humana, asomarse de una u otra manera a esa categoría inquietante de la llamada identidad. Pero a diferencia de los sujetos comunes, la palabra utilizada se abre en dimensiones significativas inéditas, inexistentes en el repertorio —amplísimo por demás— acuñado por el uso cultural. Al nombrar una cosa, un hecho, experiencia o acción, dicen lo que los hombres pueden a su vez decir y oír, pero a su vez inauguran territorios distintos, exploran y colonizan continentes insospechados dentro de los cuales cada lector particular puede ingresar, asentar sus reales, conquistar y prosperar. Tal es el caso de cualquier artista genuino de la palabra y, por supuesto, de Gabriel García Márquez.

Domingo

Nada se parece tanto a una tarde de domingo como una señora sentada. Pero no una esbelta y aclimatada señora propietaria de una corpulencia de condiciones decorativas, sino una de esas señoras rabiosamente antisindicalistas, con ciento cincuenta kilos de peso y dos metros de ancho, que se sienta a hacer la digestión después de un almuerzo espectacular.

No es probable que un hispano hablante, o para el caso un hablante de cualquier otro idioma, considere implicada dentro del campo significativo del sustantivo domingo, a la matrona pantagruélica que nos ha construido García Márquez. Derivado del latín *dominicus*, domingo nos habla del “día del Señor”, del primer día de la semana litúrgica y séptimo de la civil. Aunque generalmente festivo, no conlleva de manera alguna los dos metros a la redonda de carne antisindicalista y satisfecha que tenemos frente a los ojos una vez que la expansión lingüística del escritor nos lo ha hecho posible. De esta manera, penetrar en sus significaciones supone echar pie en territorios novísimos, deleitables o repugnantes, pero casi siempre sorprendentes.



El territorio demarcado por el compendio de significaciones que nos ofrece *El mundo según Gabriel García Márquez*, nos coloca en la pista de una entidad bastante más compleja que cualquiera de las generadas por una significación particular. De la A hasta la Z, vale decir del cabo al rabo de todas las posibilidades lingüísticas de nuestro repertorio cultural, lo que el libro nos presenta es, tal y como lo anticipa su título, un mundo característico, “idiosincrásico”. Mundo que también nosotros decimos y transitamos, pero que sin embargo, en la misma medida en que el escritor lo ha empapado con la vehemencia de sus obsesiones, se ha hecho distinto. Otro. Otro para él y para nosotros. Versión única que en medio de otras tantas e infinitas versiones, que terminan confluyendo en la convención, cobra el valor de un descubrimiento. De un acto generativo. Allí está presente esa entidad, tan justamente controvertida, y que no obstante, sin lugar a dudas, puede sintetizar todo el proyecto civilizatorio occidental: el individuo. Solo por que a un ser humano particular, desde su anecdotario único e irreplicable, a partir de sus latencias más inexplicables, el día domingo terminó por convertirse en una enormidad digestante de ciento cincuenta kilos, a cualquier otro el sentido de

lo dominical excedió sus precisiones significativas. Es él, único, sujeto individual, protagonista de nuestra historia, el que a partir de su radicalidad más extrema puede tocarse con cualquier otro y de esta manera termina por abandonar su solipsismo y afincarse en la generalidad de la experiencia común humana. El compendio de obsesiones que delimita una personalidad y que puede describirse en el interior de un territorio de significaciones idiomáticas, termina por configurar un mundo que siendo específico y a fuerza de serlo, impacta la individualidad ajena y entra a constituirse en comunidad. Probablemente, el interés que cobra este tipo de trabajos editoriales descansa en esa capacidad de esclarecer el enigma de la propia identidad, mediante la corroboración de una versión de mundo tan extraña y otra, y en esa misma medida tan entrañable y nuestra.

El mundo según Gabriel García Márquez nos presenta, pues, una mirada coherente de las cosas. Una cosmovisión. De manera previsible todo sujeto genuinamente humano está llamado a construirse una propia, o a incorporar a su organismo la versión de su tiempo de manera tan consistente y adecuada, que la pueda considerar dentro de lo razonable como fruto de su propia e irreplicable experiencia vital. Es pensable que de haber o no logrado tal suerte de alquimia, podríamos derivar el sentido o sinsentido de la existencia. Ahora bien, como en este caso quien nos presenta su invento de mundo es alguien de prestancia indudable, cobra todo sentido aproximarnos a él y ampliar nuestro horizonte con su conocimiento. Y es aquí, frente a una tarea que podría arredrarnos, que la propuesta presentada por la escritora Piedad Bonnett, cobra cabal sentido. Porque bien podría haberse intentado una presentación discursiva, abundantemente dotada de análisis, razonamientos, argumentaciones y constructos abstractos. El pensamiento de García Márquez da, y ha dado, para eso. Y sin embargo, considerando que nos encontramos con

una obra, y con un autor, que acude al valor inaprensible del símbolo, la imagen y la alusión, dejando en forma voluntaria de lado cualquier pretensión racionalista, el recurso de diseñar un diccionario que dé cuenta con imágenes de una versión "imaginista" del mundo, es la más apropiada. De hecho, si consideramos que el propio escritor nos afirma que,

Razón

Decididamente, ha sido un negocio funesto, con saldo rojo, éste de haber cambiado una cosa tan útil y decorativa como la cola, por algo tan superfluo e incómodo como la razón.

La intención de amasar un sistema de ideas filosóficas abstractas es desde todo punto impropio. El libro no nos ofrece una verdad, el escritor tampoco. La verdad, y con ella la falsedad, no forma parte de su esfera de preocupaciones. Nos encontramos con un repertorio de imágenes y posiciones. Con un compendio de experiencias que ha nutrido la vida de un ser humano y que llega a nosotros hecha símbolo y relato. Provisionalidad, coloquialidad y buen humor.



La investigación realizada por la autora implicó la lectura de la obra de ficción de García Márquez, así como su copiosa producción periodística, de crónica y entrevistas. La presentación editorial del trabajo

incluye más de trescientos cincuenta acepciones extraídas de la totalidad de su trabajo. Con un diseño cuidadoso y un concepto de libro ágil y contemporáneo, Icono Editorial nos presenta una propuesta que contribuye en buena medida al conocimiento de la obra y el pensamiento de uno de nuestros escritores más importantes.

RAFAEL MAURICIO
MÉNDEZ BERNAL

El sacerdocio de lo insólito

Poemas principales

Jaime Jaramillo Escobar
(prólogo de José Manuel Lucía Megías)
Editorial Pre-textos, Madrid / Buenos Aires / Valencia, 2000, 305 págs.

Para quienes apreciamos la poesía de Jaime Jaramillo Escobar (y las razones pueden no coincidir, aunque sí la devoción), estos *Poemas principales* son un regalo inigualable. Aquí reúne el poeta casi toda su obra, o digamos que la destila por completo pues las exclusiones (veintitrés de su primer libro y sólo tres textos de los publicados en la década del ochenta) han de quitarle redundancias a una poesía que está hecha de plena oralidad. Sesenta y seis poemas en trescientas páginas.

Antes de entrar en los poemas en sí, me gustaría pasear por el prólogo de José Manuel Lucía Megías, quien logra ofrecerle al lector de lengua española (madrialeño, valenciano y bonaerense, para situar las cosas en términos editoriales) una buenísima entrada en la obra de JJE y sobre todo el contexto en que se nutrió. (Sospecho que el conocimiento de esta poética en el resto de Hispanoamérica tampoco ha de ser muy extenso). Estos hitos van de los poemas que en 1953 estaban ya encaminados ("Poemas de la envidia") y serían mucho después *Los poemas*